

Geopolítica crítica de la civilización petrolera. Una mirada desde América Latina

El petroli és una matèria primera summament versàtil, tant pel seu ús energètic com per la multiplicitat de productes per al consum final que d'ell se obtenen després del seu processament petroquímic. Des d'aproximadament 1860, existeix una “civilització material petrolera” que fa del petroli la força motriu aclaparadorament dominant de l'últim segle. Però la importància del petroli en la nostra societat és del mateix grau que la vulnerabilitat que genera. Després d'una gran devastació ambiental planetària s'entreveu, per esgotament dels recursos, el límit tecnològic del capitalisme petroler.

* * *

El petróleo es una materia prima sumamente versátil tanto por su uso energético como por la multiplicidad de productos para consumo final que de él se obtienen tras su procesamiento petroquímico. Desde aproximadamente 1860, existe una “civilización material petrolera” que hace del petróleo la fuerza motriz abrumadoramente dominante del último siglo. Pero la importancia del petróleo en nuestra sociedad es del mismo grado que la vulnerabilidad que genera. Tras una gran devastación ambiental planetaria se vislumbra, por agotamiento de los recursos, el límite tecnológico del capitalismo petrolero.

* * *

Oil is a highly versatile raw material, due to its use as an energy source and to the numerous consumer products that can be obtained from it once it has undergone petrochemical processing. Since around 1860, there has been a “materialistic oil civilization”. Oil was the overwhelmingly dominant driving force in the last century. However, the importance of oil to our society is as great as the vulnerability created by this dependency. After major devastation of the planet's environment, we are beginning to see the technological limits of oil capitalism as resources are gradually exhausted.

Geopolítica crítica de la civilización petrolera. Una mirada desde América Latina

Efraín León y Octavio Rosas Landa
Centro de Análisis Social, Información
y Formación Popular, AC. Ciudad de México

Hace un par de años, Javier Corcuera entrevistó, en un hospital de Bagdad, a una víctima de los bombardeos contra Irak. Una bomba le había destrozado un brazo. Y ella, que tenía ocho años de edad y había sufrido once operaciones, dijo: “Ojalá no tuviéramos petróleo”.

Eduardo Galeano (2006)

Introducción

Pensar la *geopolítica* de la civilización petrolera va más allá del horizonte marcado por las estrategias diseñadas para definir, difundir y sustituir el uso energético de los hidrocarburos. Es considerar, además, el papel que el petróleo tiene en nuestras sociedades como fibra que teje el conjunto de la reproducción social y su grado de correspondencia con la hegemonía estadounidense. Es necesario comprender el conjunto de intereses petroleros nacionales o corporativos que luchan por emerger, mantenerse o reacomodarse en la estructura productiva que indiscutiblemente comanda el mercado mundial, al menos desde sus dos usos esenciales: el energético y el no energético. Pero también, juntas y por separado, hay que considerar las diversas dimensiones de las estrategias (tecnológica, productiva, militar, política y financiera) y sus temporalidades (corto, mediano y largo plazo). Esto se hace necesario para evidenciar los mecanismos íntimos que fundamentan el poder de los capitales petroleros y las contradicciones profundas contenidas en esta lógica de acumulación de riqueza. En última instancia es entender el uso productivo y reproductivo que la sociedad petrolera hace del territorio y los amargos límites que ésta acarrea.

Sin embargo, pensar la civilización petrolera desde una *geopolítica crítica* requiere además que la confrontación entre capitales petroleros sea vista desde la propia sociedad y desde los movimientos y organizaciones sociales que enfrentan el poder petrolero. Se trata de una perspectiva fuera de la lógica de este poder que pretende construir argumentos útiles para la construcción de formas justas de reproducción de nuestra sociedad, pero que no deja de contemplar las características íntimas del poder que la somete. Punto de partida

que propone construir luchas y resistencias conjuntas ante la lógica hegemónica de la civilización material petrolera, identifica conexiones reales a partir de sus contradicciones, muestra sus límites materiales en cada una de ellas y reconoce la necesidad de pensar una geopolítica crítica desde la reproducción social común y colectiva. Es decir, de una lucha social y territorial que recupere colectivamente el conjunto de la reproducción social, una gestión social que no haga culto a la ganancia sino que sea de seres y para seres humanos.

I. Capitalismo y civilización material petrolera

Los usos del petróleo y el poder general del capital petrolero

Hasta antes del uso masivo del petróleo en la producción de las más diversas mercancías, nunca antes en la historia de la humanidad se había conocido una materia prima tan versátil y de utilidad tan grande, al grado de constituirse como la responsable de definir, dirigir y erigir avasalladoramente el comportamiento y desarrollo de toda una civilización. La importancia del petróleo —y en general de los hidrocarburos— en nuestra sociedad no está dada sólo por la multiplicidad de los productos para consumo final que se obtienen directa o indirectamente de su procesamiento petroquímico (Barreda, Espinosa y Rosas Landa, 1998), sino además por su presencia en prácticamente todos los sectores y ramos industriales (farmacéutico, alimentos, transporte, cosméticos, vestido, entretenimiento, etc.), por su indispensable uso en varios momentos al interior del proceso productivo (lubricantes, empaques, bandas elásticas de producción, anticorrosivos, etc.), como responsable de revolucionar las comunicaciones y el transporte (recubrimientos impermeables para tendidos submarinos de diversa índole, uso masivo del automóvil o el desarrollo del asfalto), pero, sobre todo, como base energética que permite el movimiento completo de la producción y la reproducción en nuestra sociedad (gasolinas, diesel, turbosina, etcétera).

El grado tan profundo y diverso en que el petróleo se entreteje materialmente en nuestra sociedad le confiere rasgos tan distintivos —e imposibles de imaginar sin su presencia— que exige pensar la época comprendida desde 1860 hasta la fecha como una auténtica *civilización material petrolera* (Casifop-Oilwatch, 2004; 2006). La mayor capacidad y eficiencia energética de los hidrocarburos posibilitaron su constitución como *la fuerza motriz abrumadoramente dominante del último siglo* —destino final del 93% de su uso— pero además, dada la multiplicidad de los valores de uso derivados de la petroquímica y dirigidos al hilado productivo y al consumo final han convertido también al petróleo en la *fibra material del tejido total de la reproducción social*.

Por si esto fuera poco, en torno del petróleo se han conformado poderes económicos y políticos tan grandes que son capaces de dirigir, entre otros procesos, el desarrollo de la ciencia, la forma en que la sociedad gestiona su alimentación, salud y entretenimiento, la invención o promoción de movimientos sociales, el derrocamiento de gobiernos e, incluso, la creación y control total de Estados nacionales. Este poder, personificado en las grandes corporaciones petroleras mundiales, no sería posible sin su capacidad material de satisfacer —bajo el imperativo de la ganancia— el cúmulo de necesidades reales de nuestra civilización. Muchos desarrollos técnicos, estrategias políticas, militares y comerciales y todas las artimañas necesarias para difundir los usos del petróleo, serían innecesarios si la materialidad social petrolera no estuviera presente. La dependencia material que nuestra sociedad ha construido respecto de los hidrocarburos se constituye como la medida real del poder del capital petrolero y muestra el grado de fragilidad que frente a él tienen los Estados, el resto de los sectores económicos y la sociedad en su conjunto. Este colosal poder se explica, fundamentalmente, en el control del abasto de esta materia prima estratégica y de los instrumentos técnicos necesarios para su manejo y procesamiento.

Límites en la reproducción de la civilización petrolera

Más allá de cualquier uso particular, central o marginal, o de los rasgos específicos que la civilización material ha adquirido, pensar el petróleo en nuestra sociedad es pensarlo como rasgo fundante y como directriz de nuestra civilización, pero además, y es quizás su mayor contradicción, la importancia del petróleo en nuestra sociedad es del mismo grado que la vulnerabilidad que genera. En varios sentidos, el límite de nuestra civilización se encuentra contenido en los propios límites materiales petroleros. Nunca antes en la historia de la humanidad, en la misma medida de la utilidad de un recurso, éste se había convertido en factor de su destrucción. De forma lenta y paulatina o rápida y explosiva, la ambición capitalista por el petróleo, al tiempo que destruye a la sociedad sumergiéndola en sus propias contradicciones, con el acelerado agotamiento de las reservas petroleras amenaza con destruirla desde su propio tejido interno.

Contradicciones y crisis

El capitalismo magnifica hasta un punto casi insostenible las contradicciones que su proyecto civilizatorio conlleva. No sólo en la relación metabólica entre el sujeto y el objeto, sino por todas y cada una de las relaciones sociales que median y determinan esta relación primordial: las relaciones entre el capital y el trabajo, las relaciones políticas entre los Estados nacionales, las relaciones

entre el campo y la ciudad, o entre clases. Cada una de estas contradicciones se manifiesta bajo la figura de una crisis singular, pero que, en el fondo, se corresponde con las demás en un complejo entramado de crisis múltiples.

En primer lugar, el apetito canino de ganancia del capital petrolero generó, en el último siglo, una *crisis laboral* que se corresponde con la diversificación progresiva de la división del trabajo al interior del sector y que se acentúa a medida que las ganancias de las empresas petroleras transnacionales y estatales se acumulan. Además, si las condiciones extremas de la producción global de hidrocarburos amenazan la reproducción adecuada de la fuerza de trabajo que emplea (y, en mayor o menor medida, replicadas en el resto de los sectores productivos ligados directa e indirectamente al petrolero), su correlato consuntivo se extiende al conjunto de la sociedad, sin importar si habita en el espacio rural o urbano. Podría decirse que el siglo xx es el periodo en que el capitalismo redondeó su control sobre el mundo a partir de la masificación de una humanidad desligada de lazos familiares, comunitarios, de clase y nacionales (Veraza, 2004). Esta masificación creciente se encuentra en la base de la hiperconcentración demográfica planetaria en ciudades medianas y grandes.¹ Con la consolidación de las redes y corredores interurbanos que densifican el tejido productivo, la movilidad forzosa de la fuerza de trabajo y los intercambios comerciales planetarios, el capitalismo impuso un modelo de *urbanización salvaje* cuyo saldo es devastador en la población urbana y rural.

El capitalismo petrolero del siglo xx produjo, además de lo anterior, un gigantesco simulacro de “desarrollo nacional” que hoy también está en crisis, especialmente en la periferia. Durante los últimos cien años, cada una de las naciones “bendecidas por la naturaleza” con este don ha apostado su historia, así como la vida presente y futura de sus pueblos, al espejismo del desarrollo fundado en petróleo como “motor del crecimiento y el progreso”. El resultado está a la vista: de un modo u otro, cada una de las naciones petroleras subdesarrolladas se ha visto envuelta en innumerables conflictos internos y externos vinculados con la disputa por la riqueza petrolera del subsuelo y el mar. En un momento u otro, de manera individual o conjunta, las naciones exportadoras de petróleo y gas son sumidas en el torbellino de las catástrofes económicas que someten su integridad territorial y soberanía política y económica, mediante mecanismos de deuda (como los países de América Latina a inicios de los ochenta), de sobreacumulación y especulación con los precios

¹ Uno de los rasgos particulares de la civilización petrolera capitalista ha sido la transición demográfica urbana planetaria. En 2001 se había arribado al momento en que más de la mitad de los habitantes del mundo (sobre) vivían en ciudades (Pacione, 2001).

(como la Unión Soviética, a finales de esa misma década), o bien, por la rapiña balcanizadora del imperio (caso de la misma Unión Soviética, o Afganistán e Irak más recientemente).

Sin embargo, la mayor encrucijada a la que se enfrenta la civilización petrolera es el agotamiento del petróleo y la devastación ambiental planetaria, anuncio del *límite tecnológico* del patrón civilizatorio petrolero. Un límite que pone al capitalismo al borde de la ruina histórica. La *crisis por agotamiento* de los hidrocarburos (como energéticos universales) pone hoy de manifiesto el carácter cínicamente dilapidador del capitalismo a lo largo de su historia reciente (Kozlik, 1968); no sólo porque la mitad del petróleo y gas existentes en el mundo han sido ya consumidos o porque las reservas actuales se consumirán a un ritmo (por lo menos) cuatro veces mayor —Chevron *dixit*— sino además porque su exploración, extracción, transporte, refinación y transformación han implicado el desperdicio de una gran parte de la riqueza material no petrolera, incluyendo la vida y salud de la población.

La escasez terminal de petróleo en el mundo (que significaría el fin de su uso energético, pero no necesariamente el de su aprovechamiento petroquímico, origen de la casi inconmensurable variedad de mercancías de consumo productivo o reproductivo), actualiza en el presente y proyecta hacia el futuro la ominosa *crisis ambiental global* que amenaza la permanencia del sistema capitalista, pero también la del planeta. Este *límite objetivo* se desdobra en dos ámbitos críticos para la reproducción social y que se corresponden mutuamente como crisis ambiental metabólica interna y externa.

De un lado, la riqueza de la civilización petrolera capitalista se desdobra como crisis ambiental interna con la creciente miseria de la salud humana. En las ciudades, el desmedido consumo energético de la industria, el transporte y los hogares vuelve el aire prácticamente irrespirable, causa de distintos tipos de cáncer, infecciones respiratorias, de la piel, de los ojos, así como de la crónica depresión del sistema inmunológico de sus habitantes. Qué decir además del hacinamiento demográfico en urbes y megaurbes y su correspondiente aglomeración del parque vehicular, que favorecen el aumento del estrés, depresiones y todo tipo de patologías nerviosas que, a su vez, son tratadas con fármacos que provienen, en muchos casos, de la síntesis química del petróleo. En el campo, merced a la revolución técnica de la agricultura, se insume todo tipo de productos petroquímicos tóxicos en sus actividades (que a través de la tierra contaminan agua y alimentos producidos), que se transfieren al organismo de quien los produce y consume. Aunado a esto, es indispensable mencionar que todas y cada una de las actividades petroleras, desde la exploración hasta

su transformación petroquímica, e incluso su venta directa (como el de gasolinas, solventes, etc.) y consumo, tienen efectos nocivos sobre la salud de la población que vive en sus proximidades.¹

La crisis ambiental externa —la otra cara de esta moneda— acentúa la irracionalidad con la que el capitalismo petrolero gestiona la reproducción social global y local: calentamiento atmosférico, adelgazamiento de la capa de ozono, contaminación de suelos, acuíferos y aire, deforestación, destrucción de ambientes marinos, desaparición de especies y ecosistemas enteros, contaminación transgénica, así como la degradación de la calidad de todos y cada uno de los valores de uso necesarios para la vida. Sin embargo, cada una de estas contradicciones que, en lo individual o de conjunto, arriban a graves límites, el capitalismo las enfrenta como únicamente sabe hacerlo: profundizándolas, posponiéndolas en el tiempo y desplazándolas en el espacio (Barreda, 1995).

II. Geopolítica y hegemonía de los hidrocarburos

Hegemonía mundial y el papel del petróleo en la hegemonía estadounidense

Es necesario mostrar un rasgo particular de la civilización petrolera que se dibuja durante la lucha por el control y uso de los hidrocarburos. Pensar la consolidación de la civilización petrolera es pensar, también, la emergencia de la hegemonía planetaria de Estados Unidos y el papel estructural de su traspatio continental. La definición de la supremacía estadounidense se ha fundado y definido con el control del petróleo en cada uno de los pasos del proceso productivo y reproductivo, especialmente mediante la garantía de abasto de los yacimientos del Golfo de México, Venezuela, del pie de monte andino-amazónico y, al norte del continente, de Alaska y Canadá. Mientras que desde un inicio todas las potencias se volcaron hacia el control de los yacimientos del Medio Oriente (hoy sabido, los más importantes del planeta), Estados Unidos, sin dejar de ocuparse intensamente en esta región, se aseguró las reservas conocidas y probables del continente americano. Reservas que se constituirían como garantías de suministro en cada uno de sus movimientos geopolíticos y/o en posibles periodos de crisis de abasto.

A partir de la perforación de los primeros pozos petroleros a mediados del

¹ Por ejemplo, en la región amazónica de Ecuador (donde las empresas petroleras transnacionales poseen 4.3 de los 5 millones de hectáreas concesionadas para la explotación de petróleo y gas) la mortalidad general ocasionada por accidentes laborales, violencia y cáncer es el doble que la registrada en comunidades donde no hay explotación de petróleo (Maldonado, 2005).

siglo XIX (en Bakú, hoy capital de Azerbaiyán, y Pennsylvania, Estados Unidos), la disputa por los campos petroleros entre las potencias mundiales desencadenó múltiples conflictos nacionales e internacionales. Aún sin consolidarse como la potencia hegemónica en el mundo, Estados Unidos se confrontó con el capital petrolero británico y holandés una vez que John D. Rockefeller fundara la empresa petrolera que con el tiempo se volvería la más poderosa del mundo: *Standard Oil*.³ En los albores del siglo XX, Estados Unidos, a través de esta empresa, comenzó su política petrolera imperial en América con la expulsión de las petroleras inglesas,⁴ primero, arrebatando el petróleo mexicano a los ingleses y, luego, con su expansión hacia el sur del continente mediante el control de los hidrocarburos de Venezuela, Colombia y Ecuador.

Las dos Guerras Mundiales fueron el marco en que se dirimió brutalmente el reparto petrolero entre las potencias mundiales, pero además, fue la destrucción del patrón productivo basado en el carbón y su reconstitución basada en el petróleo (Casifop-Oilwatch, 2006). El final de la Segunda Guerra Mundial representó para Estados Unidos la posibilidad de reconstruir la capacidad productiva europea y japonesa, ahora sustentadas en petróleo, y a ello se sumaría el enorme desarrollo que tuvo la petroquímica durante este periodo. En el mismo momento en que se constituyó mundialmente el patrón energético y petroquímico basado en los hidrocarburos, se consolidó la presencia abrumadoramente hegemónica de Estados Unidos por el control indiscutible del sector.

Pero el grado actual del poder hegemónico de Estados Unidos, en referencia a las otras potencias, no está dado sólo por su presencia en el sector de los hidrocarburos; se conjugan también su capacidad militar, técnico-productiva y de innovación en general, su preeminencia económica y financiera, e incluso, su influyente industria cultural. Sin embargo, y sin discutir por ahora la presencia hegemónica de Estados Unidos en el conjunto de estas capacidades, ni su conexión con el poder petrolero, basta con mencionar que por la enorme

³ Actualmente, el mercado mundial es controlado por cuatro poderosas empresas surgidas de la fusión de las llamadas *Siete Hermanas* y la absorción de otras menores; Exxon-Mobil, Chevron-Texaco, Royal Dutch/Shell y BP Amoco, las dos primeras bajo dominio pleno de capital estadounidense.

⁴ *Standard Oil* aportó recursos para que la Revolución Mexicana (1910-1917) rompiera con el yugo del dictador Porfirio Díaz, y con ello disminuyeran las concesiones que este gobierno otorgaba a las empresas Británicas. La importancia de México en la primera etapa petrolera, anterior a su consolidación como patrón dominante posterior a la Segunda Guerra Mundial, no es secundaria: sólo cuatro años después del término de la fase armada de la revolución (1921) México, saqueado por empresas petroleras —principalmente estadounidenses—, se consolidó como segundo productor mundial de petróleo, sólo por debajo de Estados Unidos (García y Ronquillo, 2005). Posteriormente, esta empresa se encargó de dirigir la exploración petrolera en la Amazonia y el sur del continente.

dependencia de la sociedad respecto del petróleo (no sólo como energético sino como materia prima que teje la reproducción social), y por el control que sus empresas ejercen en el sector, es incuestionable que Estados Unidos tiene aún una gran ventaja sobre sus rivales más cercanos. Por ahora, el horizonte terminal de la hegemonía de Estados Unidos —que se vislumbra más próximo— pareciera estar, no en la confrontación interhegemónica al interior del patrón petrolero, sino en el propio límite de la civilización material que ha construido.

La estrategia petrolera imperial

Es importante señalar que, al margen de las diferencias en las proyecciones de agotamiento del recurso, si el actual ritmo de consumo petrolero continúa, las reservas probadas y probables serán suficientes para no mucho más de 50 años. Esto determinaría horizontes temporales para la civilización material petrolera sumamente cortos y supondría una catástrofe social por su agotamiento y consecuente encarecimiento. Actualmente, no se vislumbran alternativas tecnológicas factibles que sustituyan masivamente al petróleo como fibra del tejido social en el mediano plazo, como ya sucede con la energía. Sin embargo, si observamos que los usos no energéticos de los hidrocarburos son cubiertos sólo con el 7% de la producción mundial (Chow, 2003), se ve claramente que si el capitalismo petrolero consigue transformar para sí el patrón energético, no necesitaría impulsar en el corto y mediano plazo una transformación tecnológica total. Al parecer, la apuesta hegemónica de Estados Unidos en el largo plazo se basaría, en parte, en mantener para sí el control del abasto petrolero hacia la industria petroquímica mundial, mientras se consolida el predominio sobre el nuevo patrón energético que reemplaza al petrolero.

Fuentes petroleras y vulnerabilidad energética

Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial con ventaja técnica y de control territorial sobre los yacimientos petroleros respecto de Inglaterra, Holanda, Alemania y Japón. Una superioridad que mantiene pese al ascenso de países productores periféricos. Durante casi 50 años, sólo el bloque de la Unión Soviética pudo mantenerse al margen del dominio estadounidense gracias a sus yacimientos de gas y petróleo y al mercado paralelo que representó el bloque “socialista” durante la Guerra Fría.⁵ Durante toda la segunda mitad del siglo el control de los hidrocarburos árabes del Golfo Pérsico fue para Estados Unidos. Sin embargo, en un escenario de agotamiento de hidrocarburos, donde asciende China como potencia productiva, y se reactiva Rusia como potencia

⁵ A finales de la década de 1970, Estados Unidos minó la importancia de la OPEP y la Unión Soviética como potencias productoras de crudo, al estimular la sobreproducción mundial de petróleo con reservas de su traspatio americano y así, conseguir el descenso de su precio en el mercado.

energética, Estados Unidos requiere afirmar su control en esta región.

Actualmente, todas las potencias mundiales tienen un enorme déficit energético, exceptuando China, que con el alza de los precios del petróleo cubre esta insuficiencia con producción propia de carbón (principal productor y consumidor global), y Rusia, potencia exportadora de gas y petróleo (principalmente dirigidos a la Unión Europea). Estados Unidos, primer consumidor de hidrocarburos, cubre casi el 80% de su consumo con producción propia y de países americanos (Canadá, México y Venezuela en esencia), mientras que el 20% restante lo importa de Oriente Medio y África.

Pese a que Estados Unidos es el principal productor de energía, también es el de mayor déficit energético; para subsanar esta vulnerabilidad, la estrategia desplegada por el imperio estadounidense dirigida al control de las fuentes de hidrocarburos se desdobra en dos temporalidades: en el corto y mediano plazo se dirige a conservar el continente americano como su abastecedor estratégico de hidrocarburos⁶ (tupe el territorio de prospección y producción petrolera e impulsa el desarrollo técnico para acceder a fuentes de hidrocarburos alternas y de difícil acceso), mientras castiga a China, su más cercano competidor, con el alza de precios del petróleo y gas. Esta estrategia tiene un límite en el mediano plazo: previendo el agotamiento de los hidrocarburos americanos, Estados Unidos busca el control hegemónico de los yacimientos del Medio Oriente, los más importantes del planeta (ahí se ubican 25 de los 33 yacimientos supergigantes conocidos hasta la fecha, de fácil acceso y no explotados intensamente). De esta manera pretende someter —aún más— a las potencias que ya dependen de los energéticos de esta región (como la Unión Europea y Japón), mientras aumenta el control sobre China y Rusia. La Comunidad de Estados Independientes es menos vulnerable a esta estrategia, ya que cuenta con recursos suficientes para autoabastecerse en el largo plazo (posee las reservas probadas de gas natural más importantes del planeta). El caso de China no es semejante, su necesidad de energéticos la ha llevado a aliarse con Rusia para garantizar su abasto energético y así contrarrestar la presión que ejerce Estados Unidos.⁷

La creciente demanda petrolera de China (la economía más pujante del mundo),

⁶ Es necesario entender la emergencia de propuestas nacionalistas petroleras en América Latina (Venezuela, Brasil, Argentina y más recientemente Bolivia, en menor intensidad Cuba y posiblemente México y Perú) desde su papel como garantes de abasto energético para Estados Unidos. Hoy más que nunca es vigente la Doctrina Monroe, “[el petróleo de] América para los americanos”. Pero esta emergencia puede ser fugaz en la medida que los gobiernos latinoamericanos no se ocupen de gestionar la crisis de agotamiento del recurso y puede limitar el plazo de Estados Unidos para controlar la producción mundial de energéticos dentro y fuera del patrón petrolero.

⁷ Los gobiernos de Beijing y Moscú firmaron un acuerdo en marzo de 2006 para construir un enorme gasoducto que, en cinco años, conectará directamente los yacimientos de gas de Siberia con el potencial industrial chino.

aunada a la codicia estadounidense por controlar los energéticos de la región del Golfo Pérsico, ha llevado a Estados Unidos a plantear escenarios de conflicto entre China y Japón para disputar la energía rusa, e incluso, de confrontación militar entre China y Estados Unidos por el abasto de Oriente Medio hacia 2025 (Schwartz y Randall, 2003). El resto de las potencias muestran mayor vulnerabilidad energética respecto de esta región. Japón se abastece casi por completo de energía árabe y en menor medida del Mediterráneo Asiático, mientras que la Unión Europea intenta romper su vulnerabilidad al diversificar las fuentes de abasto entre Rusia, Oriente Medio y África.

La inestabilidad actual del Oriente Medio responde, evidentemente, a la estrategia imperial estadounidense para controlar los hidrocarburos de la región. Mientras castiga con el alza de los precios a los países con déficit energético, construye garantías militares, políticas, económicas, comerciales y culturales suficientes para controlar los yacimientos conocidos más importantes del planeta. Los países americanos desempeñan todavía su papel central como abastecedores estadounidenses como lo hacen desde 1980, garantía que no tiene el resto de los países hegemónicos. Muchos de los avances técnicos (para prolongar la vida útil de los yacimientos, de perforación en aguas profundas y ultraprofundas y de utilización de fuentes de hidrocarburos no convencionales) están dirigidos a ampliar los plazos que Estados Unidos tiene para conseguir instalarse hegemónicamente en el nuevo patrón energético y mantenerse en el petroquímico.

Geopolítica petrolera energética y no energética

El tablero geopolítico *energético* de los hidrocarburos, que se define en torno a la estrategia de Estados Unidos para mantener su hegemonía, permite ver dos tendencias claras: el intento por alargar lo más posible el patrón energético petrolero, además de garantizar su permanencia hegemónica en el patrón energético futuro.

Dentro de la lógica del patrón energético petrolero se compite por desarrollar tecnologías que permitan mayor eficacia energética, acceder a yacimientos difíciles como los de aguas profundas y ultraprofundas⁸ o de ambientes hostiles como los del Ártico, además de perfeccionar mecanismos para utilizar yacimientos no convencionales (arenas petrolíferas, en Alberta, Canadá y Maturín, Venezuela, y esquistos bituminosos, en las Rocallosas occidentales).

⁸ Brasil está a la cabeza en tecnología de perforación en aguas ultraprofundas. *Petrobrás*, aliada con empresas estadounidenses como *Devon Energy*, *Chevron-Texaco* y *Exxon-Mobil* explora y extrae petróleo de aguas a más de 2000m de profundidad en el Golfo de México, desde 2002. Además, *Petrobrás* explora aguas profundas y ultraprofundas en Brasil, Venezuela y Nigeria, con la aprobación y cualificación de *Sistemas Inteligentes* de Halliburton, Baker y Schlumberger.

Los países americanos se mantienen como eje de la estrategia imperial, sea aportando avances técnicos o nuevos yacimientos (convencionales o no). Sin embargo, dado que el horizonte inmediato de esta estrategia busca reemplazar el petróleo por gas, Rusia se mantiene aún como la potencia energética menos vulnerable por sus enormes reservas, al tiempo que se acentúa la importancia del conflicto potencial de Estados Unidos con Irán (país que posee las segundas reservas probadas de gas natural en el mundo, sólo por debajo de la Federación Rusa y por encima de las de Arabia Saudita).

Por su parte, la estrategia para transformar el patrón energético camina por senderos distintos. Actualmente, las fuentes técnicas alternativas se concentran en completar el déficit energético no cubierto por los hidrocarburos — principalmente mediante hidroelectricidad y energía nuclear y, en mucha menor medida, eólica, solar y de biomasa. En el largo plazo, el desarrollo tecnológico para generar energías alternativas tiene como objetivo transformar por completo el patrón energético. Las actuales potencias en generación de energía alternativa al patrón petrolero son: en hidroelectricidad, Canadá, Brasil y China, y en menor medida Estados Unidos (aunque la región que cubre mayor porcentaje de sus requerimientos energéticos con hidroelectricidad es América Latina); en energía nuclear, Estados Unidos produce y consume el 30.1%, por 16.2% de Francia, su más cercano perseguidor, con todo, si se mira a la Unión Europea en su conjunto utiliza el 36.8% de la energía nuclear producida en el mundo, sin contabilizar el potencial de las naciones pertenecientes a la Comunidad de Estados Independientes (BP, 2005). En el largo plazo, parece que el hidrógeno tendrá un papel central en el escenario energético, aunque el gobierno de George W. Bush parece apostar nuevamente al desarrollo de la energía nuclear. La definición, en el largo plazo, del patrón energético que supla al petrolero, ocurrirá en torno del proyecto imperial que busca mantener el monopolio energético dentro de la civilización material petrolera.

Hasta aquí, no se ha mencionado aún la estrategia para dirigir el cambio completo del patrón productivo petrolero. Independientemente del cambio de energético dominante, el tejido material de la reproducción social de base petroquímica continuará, al parecer, varias décadas después de la transformación del patrón energético. Hasta ahora, los intentos por suplir el patrón petroquímico son parciales por no cubrir el enorme abanico de materiales resultantes del petróleo y sometidos, casi por completo, a la lógica del patrón petrolero. Es el caso de la biotecnología y la nanotecnología que se desarrollan e impulsan principalmente desde las industrias petroquímicas y desde centros de investigación en Estados Unidos. Se trata en realidad, de

tecnologías aún subordinadas al poder de este sector económico, principalmente estadounidense.

Cabe preguntarse entonces, si el fin de la hegemonía estadounidense vendrá con la pérdida del dominio sobre el patrón energético o si podrá retenerla. Parece que Estados Unidos prepara el tránsito del patrón energético en un horizonte de mediano plazo, que le permita mantener la hegemonía petrolera para abastecer el tejido de la reproducción social. La estrategia que se adivina es retardar el tránsito del patrón energético, que aún define su permanencia hegemónica, hasta garantizar el control de los yacimientos de Medio Oriente y así mantener el dominio del recurso para alimentar la petroquímica. La presencia hegemónica de Estados Unidos se mantendría, incluso en el supuesto de que el dominio del nuevo patrón energético sea compartido por varias naciones, por el poder que le daría el control de los yacimientos petroleros y la petroquímica. En este escenario a largo plazo, el gas ruso e iraní pierde su importancia relativa.

III. Margen de la geopolítica de la civilización petrolera capitalista

El recorrido puntual de cada una de las contradicciones y crisis ocasionadas por la lógica de acumulación de capital al interior de la civilización petrolera nos obliga a cuestionar su capacidad para reproducir la sociedad en el largo plazo, y en las múltiples agresiones a las que nos somete. Sean de orden laboral, social, de soberanía nacional o de índole ambiental (externas e internas), estas contradicciones generan límites que exigen pensar una geopolítica no subordinada a los intereses del capital petrolero, que la critique desde dentro y fuera, pero que se instale desde una reflexión crítica para la reproducción social global comunitaria y colectiva.

Límites de la geopolítica al interior de la civilización petrolera capitalista

En los albores del presente siglo, la civilización petrolera ha puesto de manifiesto, no sólo su contradictoriedad, sino además, el limitado alcance de las estrategias que urden las potencias del Norte global (empezando por Estados Unidos, pero incluyendo a Europa, Japón, Rusia y China) para garantizar nuestra reproducción, aunque mediante el afianzamiento de su poder —incluso si se las piensa desde una perspectiva que no impugne la dinámica pasada y presente de acumulación de capital. Cada uno de los límites de la civilización petrolera capitalista confluye en una crisis global de la reproducción social que se extiende ya, a todo lo largo y ancho del planeta y que no se va a resolver, en el futuro

próximo, sólo sustituyendo el petróleo, como energético, por gas, hidrógeno, hidroelectricidad o energía nuclear, o los polímeros y demás petroquímicos por materiales nano o biotecnológicos, de los que se conocen ya muchos de sus efectos nocivos sobre el ambiente, la salud y la seguridad de la población (Grupo ETC, 2002), a pesar de que son promovidos como “la solución” a todos los males del planeta. Así, el problema de fondo no es únicamente *quién* y *cómo* detenta hoy o en el futuro la hegemonía capitalista, sino también *qué implica* para la población mundial que esta hegemonía se sostenga y, si para hacerlo, es necesario que todos paguemos el altísimo costo que ello representa: la posibilidad de que el capitalismo se colapse ambientalmente y con él, la vida.

El discurso geopolítico tradicional parece ser ámbito exclusivo de quienes actúan dentro de las esferas empresarial, académica, estatal o militar y, en el mejor de los casos, los movimientos sociales y las comunidades locales sólo podemos recoger e interpretar las formulaciones o aportes de los “verdaderos teóricos geopolíticos” y criticarlos o adoptar sus ideas (según convenga) o, en el peor, descartar este tipo de enfoques por su evidente carga ideológica, porque no nos representa y, en última instancia, porque nuestros objetivos no son imperiales. En todo caso, se han puesto a debate cuestiones que no son menores: ¿Cómo entender que el discurso geopolítico tradicional hace abstracción de los pueblos que construyen el espacio que cada nuevo proyecto imperialista sueña con dominar? ¿Es útil la geopolítica para pensar procesos que no implican la construcción y mantenimiento de hegemonía económica, política y militar? ¿En que medida puede plantearse una geopolítica de los movimientos y organizaciones sociales y de la sociedad en general, es decir, una geopolítica desde abajo?

El margen de la civilización petrolera: la geopolítica desde fuera

Resulta evidente que para una geopolítica desde abajo sí tiene sentido pensar los procesos de expansión territorial de los poderes económicos y políticos. En principio, desde la perspectiva de las propuestas nacionales de acumulación petrolera en la periferia, los movimientos geopolíticos implican la posibilidad de garantizar condiciones suficientes para mantener la reproducción social y un intercambio más equitativo entre el norte y el sur (es el caso de la reciente nacionalización de los hidrocarburos en Bolivia que posibilita el reparto, hacia la población, de los excedentes por su exportación). Por su parte, los movimientos ambientalistas que enfrentan la depredación territorial y humana de los capitales petroleros en el planeta (por medio de luchas jurídicas, denuncias de desastres ecológicos, campañas que difunden la búsqueda de nuevas culturas de consumo, etc.), contribuyen a mantener y restaurar

condiciones materiales mínimas de existencia, en otro momento a cargo de los Estados. Tanto los movimientos nacionalistas y ambientales, como muchos otros que se realizan en contra de las contradicciones de la civilización petrolera (luchas salariales, por mejores condiciones de trabajo y derechos económicos, sociales y culturales), en lo particular y de conjunto, son expresiones no sólo de la competencia de los Estados, sino también de movimientos y organizaciones sociales de base.

Pese a la utilidad histórica de cada una de estas luchas, mientras no se vinculen desde una propuesta que considere la crítica profunda a la civilización petrolera, serán insuficientes para gestionar la reproducción social y ambiental global en el largo plazo. Para pensar *desde abajo* no basta saber cómo se proyecta e instrumenta la gestión capitalista petrolera, es necesario identificar y aprovechar las resquicios y vacíos resultantes de su confrontación, para que la aplicación de las alternativas sea factible. Esto se traduce en la necesidad de formas alternativas para la elaboración de diagnósticos geopolíticos y su correspondiente vinculación práctica con procesos en marcha (desde, de y para los de) *abajo*, sin ignorar la estrategia petrolera. Las movilizaciones globales de millones de personas en 2003 contra la invasión estadounidense en Irak, al grito unificado de *no blood for oil*, exhibe claramente este límite, pero también abre la vía a la construcción de alternativas sociales planetarias en la reproducción social futura.

En este sentido, los saberes locales y tradicionales que las comunidades de todo el mundo han generado históricamente son, por definición, espaciales, y pueden servir a otros propósitos, a otra finalidad. Estos saberes implican, en todo caso, una noción distinta de la territorialidad, una que posibilita vincular orgánicamente al sujeto social con el medio natural, porque el territorio es la comunidad y la comunidad el espacio que produce (ocupa, nombra, fracciona, trabaja, habita, etc.). Asimismo, constituyen un instrumento indispensable para la reconstrucción del tejido social que la civilización petrolera ha rasgado desde sus inicios, así como para dotar a sus habitantes de una autonomía productiva, técnica (e incluso política) que el capitalismo petrolero ha minado sistemáticamente y hasta abolido militarmente.

Lo que las comunidades locales defienden en la Amazonia, el delta del Níger, el sur de México o Irak contra las transnacionales (incluidas las petroleras) no es un retorno atávico a un pasado idílico, sino el derecho a existir y reproducir su vida sin tener que pedir permiso al capital petrolero. En el campo y la ciudad, por medio de luchas territoriales, ambientales, laborales, por la salud, en contra de la guerra, etc., lo que se defiende es el derecho de todos a decidir

sobre los usos posibles de los recursos, la gestión de la salud y la alimentación y, en general, sobre su vida; es decir, se trata de la lucha por el derecho a la autodeterminación colectiva y directa de nuestra reproducción, que el capital petrolero nos ha robado.

En suma, los desafíos para la sociedad actual (y su reproducción futura y posible) incluyen, entre otros, el de dar respuesta a la necesidad social de *comprender* los procesos y las estrategias que el capital hegemónico (estadounidense) y sus adversarios/aliados geopolíticos (Europa, Japón, China o Rusia) despliegan para mejor dominar cada momento de nuestra reproducción. Pero comprenderlos no supone justificarlos (ni mucho menos legitimarlos), sino reconocerlos para poder captar el alcance y límite de cada una de sus dimensiones (por separado o de conjunto) y su insoslayable impacto sobre nuestra vida, así como para dar paso a la articulación de las luchas locales, nacionales y globales sobre la base de una *geopolítica crítica desde y para la reproducción social*. En esta tarea, la academia comprometida tiene hoy mucho por decir.

Referencias

BARREDA, ANDRÉS (1995),

“El espacio geográfico como fuerza productiva estratégica en El capital, de Marx”, en Ana Esther Ceceña (coord.), *La internacionalización del capital y sus fronteras tecnológicas*, México, El Caballito-Instituto de Investigaciones Económicas, unam, pp. 129-179.

ROLANDO ESPINOSA Y OCTAVIO ROSAS LANDA (1998),

“Producción y papel del petróleo en el mundo. Panorama general de la producción, distribución y consumo de los hidrocarburos”, en *El Cotidiano*, n. 91, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, septiembre-octubre, pp. 15-30.

BRITISH PETROLEUM (2005),

bp statistical review of world energy, Londres. Disponible en Internet (www.bp.com/statisticalreview).

CASIFOP-OILWATCH (2004),

Atlas mundial del petróleo, Quito, Ecuador, Oilwatch.

— (2006), *Atlas mundial del petróleo*, Quito, Ecuador, Casifop-Oilwatch (en prensa).

- CHOW PANGTAY, SUSANA (2003),
Petroquímica y sociedad, México, Fondo de Cultura Económica.
- GALEANO, EDUARDO (2006),
“Muros”, en *La Jornada*, México, 24 de abril. Disponible en Internet (www.jornada.unam.mx/2006/04/24/027a1pol.php).
- GARCÍA REYES, MIGUEL Y GERARDO RONQUILLO (2005),
Estados Unidos, petróleo y geopolítica. Las estrategias petroleras como instrumento de reconfiguración geopolítica, México, Plaza y Valdes-Instituto Mexicano del Petróleo.
- GRUPO ETC (2002),
La inmensidad de lo mínimo. De los genomas a los átomos. Tecnología atómica: tecnologías que convergen en la nano escala, Ottawa, Canadá, Grupo etc-Fundación Heinrich Böll.
- KOZLIK, ADOLF (1968),
El capitalismo del desperdicio, México, Siglo xxi.
- MALDONADO, ADOLFO (2005),
“Petróleo vs. salud en la Amazonía”, Ponencia ante la II Asamblea Mundial de Salud de los Pueblos, Cuenca, Ecuador, Acción Ecológica (mimeo).
- PACIONE, MICHAEL (2001),
“Models of urban land use structure in cities of the developed world”, en *Geography*, v. 86, n. 2, Londres, abril, pp. 97-119.
- SCHWARTZ, PETER Y DOUG RANDALL (2003),
“Imagining the Unthinkable: An abrupt climate change scenario and its implications for United States national security”, Washington, Departamento de Defensa.
- VERAZA, JORGE (2004),
El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos, México, Itaca.